

de sus obras con solista, el *Concierto para piano y orquesta en la menor, op. 54*, las búsquedas formales resultan evidentes y hasta sabemos que se concibió inicialmente como una fantasía, que es una forma más libre. Eso ocurre aún más en la *Konzertsatz*, para piano y orquesta, recientemente reconstruida; en la *Introducción y allegro appassionato*, también para piano y orquesta, del *Op. 92*; en el *Allegro de Concierto con introducción, op. 134*; en la *Fantasia para violín y orquesta, op. 131*; en el original *Konzerstück, op. 86*, para cuatro trompas y orquesta, o en el extraño *Concierto para violín y orquesta en re menor* que ha sido reputado como obra desigual por estar compuesta en medio de sus desequilibrios mentales pero que, en realidad es también un intento, tal vez fallido, de nuevos caminos estructurales.

Pero, quizá la obra más conocida entre las concertantes de Schumann, naturalmente después del concierto pianístico, sea el *Concierto para violonchelo y orquesta, op. 129*, también en la menor como el concierto de piano. La obra está concebida en 1850, en un período particularmente feliz de la existencia del compositor, aunque fue retocado en 1851. Schumann estaba entusiasmado con la obra y en los diarios de Clara se puede leer la favorabilísima impresión que le causó. Pero la obra, que no nacía de petición concreta alguna, pareció no interesar a nadie para tocarla o publicarla. Schumann se la dio al violonchelista Robert Emil Bockmühl, quien le hizo cambiar algunos metrónomos, pero no estrenó la obra. El editor Hofmeister la rechazó e igualmente hizo Luckhardt. Finalmente Breitkopf und Härtel la aceptó siempre que se hiciera un arreglo para violín solista que ellos consideraban más vendible. Schumann aceptó y así lo hizo en 1854, justo antes de la crisis de su enfermedad mental.

Se ignora si la obra fue estrenada en vida de Schumann. La primera audición documentada, con piano y, cuando el autor ya había desaparecido, es la de Ludwig Ebert en el Conservatorio de Leipzig, el 9 de junio de 1860. La primera con orquesta la hizo David Popper en Breslau, el 10 de diciembre de 1867. Y, pese a las brillantes ideas de los editores, la versión con violín no se tocó hasta nada menos que 1987.

El discurso musical es muy flexible y encadena los tres movimientos tradicionales en un solo impulso sin interrupción. El primer movimiento —*Nicht zu schnell*— tiene una peculiar forma de sonata sobre un tema muy expansi-

vo melódicamente. El violonchelo es virtuoso y libre pero la orquesta no es un simple acompañamiento sino una textura general en la que se inserta el solista. El segundo movimiento —*Langsam*— surge del primero utilizando algunos de sus elementos con una vertiente lírica. Una corta cadencia conduce al tercero —*Sehr lebhaft*— que es una especie de rondó muy modificado y de alambicadas consecuencias formales. Con razón Schumann quiso llamar primeramente a la obra *Konzerstück* (Pieza de concierto) para justificar sus libertades, o mejor, innovaciones formales. La orquesta lleva madera a dos, dos trompetas y dos trompas, timbales y cuerdas. Rostropovitch la suele tocar en un arreglo que pidió a Shostakovich y que añade piccolo, arpa y dos trompas pero, como casi siempre que se corrige la orquestación de Schumann, y es algo que los directores hacen mucho ya que suelen considerar que orquestaba incorrectamente, los resultados son notablemente inferiores a los del original schumanniano.

Ludwig van Beethoven. *Sinfonía n.º 2 en re mayor, op. 36*

En 1800 Beethoven había celebrado su primera Academia. Consistían éstas en conciertos monográficos con obras propias, generalmente nuevas, que los autores hacían a su costa y en su propio beneficio. Desde luego, tenían sus riesgos y podían acabar en la ruina (Mozart, el año de su muerte, tuvo que suspender una con sus conciertos pianísticos porque sólo se habían inscrito ¡nueve! personas), pero eran una buena ocasión para acreditarse y buscar encargos y patrocinios. Así, a los tres años de la primera, Beethoven se consideró maduro para una segunda y alquiló el Theater an der Wien para un concierto propio que tuvo lugar el 5 de abril de 1803 y en el que se escucharon el oratorio *Cristo en el Monte de los Olivos*, el *Concierto para piano y orquesta n.º 3* y la *Sinfonía n.º 2 en re mayor*. El resultado fue en lo económico relativamente bueno y en lo artístico muy controvertido, pues si el oratorio gustó, el concierto fue tildado de «salvaje» y la sinfonía desconcertó mucho; pese a llevar la misma orquesta que la *Sinfonía n.º 1*, es mucho menos clásica y establece claramente la dialéctica y oposición tensa entre los temas de la forma sonata y el concepto de desarrollo que Beethoven llevará más lejos que nadie y que transformará la música.